

La ciudad de Nápoles está situada á 40° y 52' de latitud boreal del real observatorio de Capo di Monte, y al 11° 55' 45" de longitud oriental del meridiano de París. Su temperatura ordinariamente asciende en verano á 26° del termómetro de Reaumur, y baja en invierno hasta 2° sobre cero: por término medio se conserva entre 13 y 14, observándose así constantemente en mayo y octubre.

Los vientos dominantes desde octubre á marzo, son del S. al S. O., que suelen acompañar á las lluvias; y desde abril á setiembre, son del N. al N. E., que mantienen la atmósfera serena, como no se contempla en ningun otro país. Noviembre y julio se señalan, el primero por las aguas, y el segundo por los ardores del estío. Los días hermosos son 90 al año, 70 los nublados, 120 los variables y 80 los de lluvias; de los últimos, 30 pertenecen al otoño, 24 al invierno, 18 á la primavera, y 8 al verano. Las nieves caen rarísima vez, y cuando ocurren, duran muy poco. La población de Nápoles es de mas de 400,000 almas; por eso se considera, despues de Lóndres y de París, la tercera capital de Europa.

Tiene una población bellísima: se estiende en forma de anfiteatro al pie de una florida montaña, hasta tocar en el magnífico golfo en forma de media luna. Totalmente la vista de Constantinopla es la que puede entrar en esta competencia, segun la opinion de todos los viajeros.

El país está atravesado por los Apeninos; es en general montuoso, pero lo cortan valles y lo salpican colinas de una verdura eterna, de una amenidad que encanta, de un contraste de flores, de matices y de frutos que embriaga los sentidos. Entre sus productos agrícolas son abundantísimos y escelentes el arroz, el aceite, el cáñamo, el lino, el safran, el algodón, las almendras, las frutas de todas clases y los vinos, entre los cuales se distingue el delicioso *lacryma Christi*. Es rico en ganado vacuno, mular, caballar, lanar y cabrio; pero lo que mas choca al extranjero que cruza sus espesuras es el encontrarse frente á frente con la cornamenta de un búfalo, con las saetas de un puerco-espín ó con los ojos de un lince. Sus aves son tan hermosas como sus mugeres, tan pintadas como sus flores, tan armoniosas como sus brisas, y tan numerosas y variadas como los peces de sus mares, el Mediterráneo y el Adriático. Tiene aguas potables muy buenas, y aguas minerales sulfúreas y ferruginosas muy saludables. Sus rios, el Garigliano, el Voltorno, el Bassinto, el Péscaro y otros, refrescan con sus linfas su fecundísima tierra, y por entre la espesura de sus umbrosas y románticas selvas llevan un murmullo dulce, cantando mil tradiciones, mil cuentos, como los de las *Mil y una noches*, y mil anécdotas tristes, que puede escuchar el sensible viajero entre las cañas de sus junco, las hojas de sus españadas y los pétalos de sus adelfas.

La primera impresion que se recibe al pisar las calles de Nápoles, es una especie de estupor y un cierto decaimiento semejante á los que produce un gran golpe que afectara hasta las mas hondas raices de nuestros nervios. No habrá ni siquiera un viajero que al entrar en esta ciudad, haya dejado de suponer, que en aquella hora hubiese un grande acontecimiento, cuyo eco contrastaba mucho con el reposo en que naturalmente se halla su espíritu, ora haya hecho su entrada por el osegado mar, ora por las umbrosas y solitarias florestas. ¿Pero cómo se explica

*Viage ilustrado.*

esa velocidad con que en confuso remolino marcha la muchedumbre, cuando estamos en un pueblo meridional en que la apatía, el descanso y la molicie son el mas delicioso entretenimiento? ¿Cómo ese infernal ruido, que mas tarde, á la media noche, ha de convertirse en un zumbido monótono y prolongado? Muy fácilmente.

Nápoles está situado en la falda de una cadena de montañas, y estendido en forma de anfiteatro junto á la misma espuma del Mediterráneo: por consiguiente, el lecho donde reposa la ciudad, viene á constituirse en una especie de centro ó caverna, donde el mar deposita en desaforados gritos los secretos de sus borascas y los silbidos de sus huracanes; la estructura del terreno y su admirable vegetacion impiden por otra parte la circulacion de las ondas sonoras, y estas van por lo tanto á estrellarse, ó en el seno de las flores, ó en el tímpano de los mortales. Esto sirve tambien para esplicar la conservacion de otros ruidos producidos por causas mas constantes en sus movimientos.

Las calles angostas y prolongadas, pavimentadas con grandes y resonantes losas volcánicas, multiplican el ruido de diez mil carruages que vuelan, de mas de 50,000 almas que circulan en todas direcciones, que hablan, para oirse, en voz alta, de miles de operarios que trabajan delante de la puerta de sus talleres, y de tantos vendedores como pregonan sus mercancías. Este bullicio inmenso va á repetir sus ecos y á aumentar su estruendo en mas de trescientas iglesias y en otros tantos palacios, resultando por fin ese murmullo eterno, que nos anonadada al principio, que nos narcotiza, pero que luego, escitándonos, desde el momento en que sucede la reaccion al narcotismo, nos regenera, por decirlo así, y nos produce el efecto del mas enérgico estimulante. Así es que en la misma hora que comprendimos la naturaleza íntima de aquella animacion, de la vida de ese pueblo tan sorprendente, montamos en un ligerísimo carruaje, y ya no dejamos de correr hasta que abandonamos á Nápoles. Felizmente para el viajero, en cualquier instante le asaltarán unas cuantas calesas, segun su figura y la velocidad con que marchan, que por una cantidad insignificante le llevarán desde un extremo al otro de la población; pero con una ligereza, que no menos que á servir agradablemente al extranjero, contribuye á agitar las enormes oleadas de las masas pedestres. Tan convenientes y económicos son estos ligeros vehiculos, que muchas veces los hemos visto llenos de soldados que regresaban de la guardia, ó de gente de la clase mas ínfima y menesterosa de la sociedad. En ellos se embute el aristócrata inglés que con su mirada inteligente busca en cada pórtico de iglesia una columna jónica, y en cada plaza un monumento de granito; allí camina el francés que lo examina todo con esa mirada vaga del que hace alarde de cierto aire de suficiencia; allí va el indígena menestral, soldado, fraile ó monja, viejo ó jóven; porque siempre hay muchos que gustan de las comodidades, y no pocos á quienes la necesidad los lleva al vuelo, y una ú otra exigencia se satisface con unos pocos de cuartos.

La acogida que en Nápoles obtienen generalmente los viajeros, no deja de ser muy lisonjera. Acostumbrados sus habitantes al comercio y trato con los extraños, por la gran concurrencia que llevan á su país su suelo, su cielo y sus bellezas monumentales, acceden á todos sus deseos con una prontitud admirable. ¿Queréis proveeros de botas, de guantes, de esencias,

de libros, de objetos curiosos de cualquiera clase? Pues no os mováis del sofá; dad una campanillazo, decid dos palabras al criado, y antes de diez minutos tendreis tantos comerciantes como habeis necesitado, que abren sus cajas, y os estenderán sobre la cama, la consola, las sillas y el suelo, veinte ejemplares de cada cosa, os lo darán todo por poco dinero, pero os harán comprar mucho, que para eso os han ofrecido instantáneamente el pintoresco panorama de feria. ¿Quereis un frac? Pues lo tendreis concluido en un santiamen, y tan bien hecho y elegante como el que lleva el príncipe de Salerno. ¿Un cicerone? pues al instante vendrá uno que ofrecerá tantas noticias como las manuscritas mas raras de la biblioteca Brancaccia; pero provisionalmente podeis servirviros de cualquiera, porque en Nápoles todos saben quien fué Virgilio, que hay de notable en Pompeya, y en que día y hora nació Torcuato Tasso.

El suave trato de los napolitanos, la cariñosa atención de sus hermosas mugeres, y hasta el respeto con que los hijos del pueblo saludan al extranjero, dándole el tratamiento de *escelencia*, hacen mas apreciable su compañía. No se crea que con este saludo se humilla al pobre; al contrario, sus finos modales le hacen mas estimado del viagero. La experiencia nos ha enseñado una cosa que debe halagar á los hijos de nuestro pais. En Nápoles, al breton, al franco, al tudesco, se les habla en francés; al español se le dirige la palabra en italiano: á aquellos se les recibe como á extranjeros que van á admirar las bellezas de Italia, y á dar por consiguiente movimiento á su industria y á su comercio; pero á éste se le acoge como si fuera de casa: á los primeros se les estima como á amigos; al español se le ama como á un hermano. ¿Cuántas veces hemos oido decir: *noi siamo fratelli!* Esto es general en aquel hermoso continente. Al cerrar un trato, al ofrecer una garantía del cumplimiento de una promesa, y hasta al hacer un amante una protesta de cariño á su amada, no es extraño que oigamos decir: *parola spagnola.* ¡En tanta estimación está tenida la palabra española! Creemos no equivocarnos al asegurar, que nuestra tradicion en toda Italia nos coloca en la categoría de los hombres mas queridos é influyentes en aquel pais. Si de aqui pueden sacarse grandes consecuencias, lo dejemos á la discreción de nuestros lectores.

La vida del viagero en Nápoles, reúne á los encantos de su suelo, la circunstancia de poderse sobre llevar con no despreciable economía; pero para ello es menester, como suele decirse, conocer el terreno. Cada hombre que abre á nuestra curiosidad las puertas de un monumento, que nos proporciona una noticia, ó que nos señala una belleza, nos exigirá una recompensa; pero tampoco hay nada mas justo que esto. Sin embargo, la exigencia se modifica mucho hasta llegar á ser insignificante el premio, tan pronto como el viagero comprende que quizá con el décimo de lo exigido quedan satisfechos los deseos del pobre napolitano. Por otra parte, la casa, la mesa y el equipo se hallarán tan pronto como se soliciten, con comodidad, elegancia, buen gusto y á poca costa.

En la magnífica y bulliciosa calle de Toledo, se encontrarán objetos para satisfacer cumplidamente casi todas las comodidades y caprichos de la vida; hasta se presentará á nuestros ojos un espectáculo sorprendente. En Madrid no hay ninguna que reúna tan agradables contrastes, que ofrezca tan deliciosa pers-

pectiva: la calle de Alcalá es mas ancha, tiene mas cielo; pero la de Toledo de Nápoles está preñada, por decirlo así, de sedas, de tules y de encages, de oro, de plata y de piedras preciosas; de cuantos objetos ha inventado el lujo. Cada puerta nos ofrece un cuadro de los mas finos colores y delicados cambiantes, recordándonos las riquezas del Oriente, ó nos brindan con el pórtico de un palacio lleno de luz y de frescura, y revestido de preciosos mármoles. Esta calle tiene cerca de media legua de longitud, y constantemente está llena de transeuntes, divididos por la doble fila de carruages que, especialmente por la tarde, aumentan los contrastes del panorama con sus elegantes trenes y sus hermosas damas. Apenas el sol tiende sus últimos rayos sobre las orientales azoteas que suelen descansar sobre el quinto piso, el alumbrado público ostenta sus numerosas luminarias, dando una tinta misteriosa á las calles, llenas aun de los postreros resplandores del sol.

Entonces parten los carruages al galope hacia la ribera de Chioja, ancho y alegre paseo que separa del mar la Villa reale, y que por la Mergellina se estienda hasta la falda del Posilipo.

Si desde aqui pasamos á Santa Luccia y al muelle, la decoracion es muy distinta; pero el cuadro no deja de tener sus atractivos. El piso del cuartel de Santa Luccia es muy bajo. Fernando I intentó levantarlo, pero halló una enérgica oposicion. En este sitio hay algunos objetos de escultura, dignos de notarse: en la calle del Gigante se ve una preciosa fuente de Cosino; al otro lado se descubre otra de Cárlos Fagnaga; sobre el manantial de aguas sulfurosas se halla otra en cuyos bajos relieves están representados Neptuno y Anfitrite, con dos hermosos tritones, y una disputa de dioses marinos con motivo del rapto de una ninfa, obra de Domingo Auria. El puesto del aguador, á manera de un altar, sobre el que se alzan los enormes cántaros llenos del fresquisimo líquido, entre guirnaldas y pintorescas pirámides de naranjos y limones, en la forma y estilo que se encuentran en Andalucía, es lo primero que aqui nos convida con su frescura y con un durisimo asiento; pero á su sombra puede contemplarse un pueblo inmenso, alegre, bullicioso, que ora en lenguaje figurado pondera la escelencia de sus frutas exquisitas, ora en corro familiar, cual si lo velaran las cortinas de una alcoba, desnuda y viste á sus hijos, ora trae agua de la mas vecina fuente para que se lave la anciana, ó para que sirva del mas limpio y saludable baño al cabello de la fresca y púdica doncella, tanto mas honrada, cuanto menos conoce el peligro de enseñar su mórbido cuello, sus pechos blancos como dos armiños, ó su hermosa pierna modelada por el escultor divino.

El muelle es una especie de puerto, principiado por Cárlos de Anjou, continuado por Alonso de Aragon y el duque de Alba, y concluido por Cárlos III. Ese pueblo que vive medio dia dentro del mar, y el otro medio tendido al sol ó á la sombra, segun la estacion, posando la cabeza sobre un canasto estrellado de las escamas de los peces, es el que se presenta á nuestra vista. Ahi viven esos hombres acuático-terrestres, conocidos con el nombre de lazzaroni. Casi siempre están tendidos; una hora pasan á la sombra de su vela latina, y otra al sol junto al castillo del Cármine, saboreando el aroma de su pipa: su uniforme es sencillísimo, un calzon, una camisa azul, y un gorro colorado; en invierno se envuelven en un gran

capote. Si mueven un brazo, si levantan un poco la cabeza, es para apurar un gran plato de *maccharoni* cubiertos de queso de la Cerdeña. Si se alzan del suelo es para ir á mover perezosamente los remos de su barquilla, ó para correr como águilas en defensa de su rey. Su juego favorito, que creemos se llama la *morra*, consiste en ponerse dos, uno en frente de otro, con la mano derecha cerrada y puesta sobre el hombro: al verlos así, cualquiera se figuraría que eran dos gladiadores que iban á acometerse; nada de eso, de pronto tenderán los brazos pronunciando cada cual, con un grito enorme, el número que supone ha de señalar el otro con los dedos; el que acierta tantas veces mas que el contrario, es el que gana la partida. Otro entretenimiento muy delicioso para ellos se reduce á admirar las gracias del *pulcinella*, ó á formar corro alrededor del cantor, que con el libro en la mano, declama con ridículos ademanes los poemas del Tasso y de Ariosto. Esto les produce un verdadero entusiasmo: así, pues, Reinaldo es su héroe favorito, lo aman con extraordinario cariño. Por eso saben de memoria la *Jerusalen libertada*, como los helenos sabían la Iliada. En estos sitios suele verse el *corriciolo*, ese ligerísimo carruaje de grandes ruedas y vivísimos colores, que ha inspirado á Alejandro Dumas el título de una de sus obras. En él montan hasta diez y ocho personas algunas veces, aunque mas comunmente diez ó doce, y tirado por un solo caballo, corre como un rayo hasta Pórtici, Resina ó Castellamare.

La religion es lo que debe ser para los napolitanos, lo que debiera ser para otros pueblos que se juzgan estar en mas alto grado de cultura. Pero la civilizacion, como se comprende en nuestra época, lleva en pos de sí á la desmoralizacion. El primer día que vimos una funcion de iglesia en Nápoles, nos asombró el lujo que brillaba por todas partes: largas y ricas cortinas de seda blancas, encarnadas y celestes, bajaban desde la mitad del techo en pintorescos pabellones hasta los altares; á pesar de las abrazaderas de oro con que se formaban tan caprichosos pliegues, las colgaduras se mecian azotadas por el viento en agradables ondulaciones; las señoras, especialmente, lucian sus gracias entre ricos aderezos de perlas y hermosos trages de seda guarnecidos de finisimos encajes. Al principio creimos encontrarnos en un salon de baile: fuimos injustos, porque la compostura y recogimiento que luego notamos, nos convencieron de que nada es mas digno que, al rendir homenaje un cristiano al Dios trino y uno, arrastre por el templo las sedas y los terciopelos que la inmoralidad ha señalado exclusivamente para los bailes, como si desmerecieran sus matices con el purísimo aroma del incienso al rozarse con la piedra santa de los altares.

La sedería es una de las manufacturas mas importantes de Nápoles: el gró y el tafetan que produce, se estiman mucho en todas las ciudades de Europa. Otras varias telas excelentes son tambien conocidas en el comercio. El coral, entre otras piedras preciosas, contribuye á formar gran parte de su riqueza. Los principales ramos de importacion consisten en café, azúcar, especias, papel, tabaco, tinte, lienzos, paños y otras telas de lana, y por fin, algunos objetos de lujo; la esportacion, en seda cruda y en telas, aceite, naranjas, limones, algodón, cáñamo, nuez de agallas, lino, azafrañ, almendras, cuerdas para instrumentos músicos, pieles de cabras y corderos, y

por último, aguardientes y vinos, sin olvidar el excelente *lacryma Christi*. Pero en general puede decirse que Nápoles elabora y fabrica tanto como corresponde á su rango de tercera capital de Europa.

He aqui trazado en pocas palabras un ligerísimo bosquejo de Nápoles, que hemos considerado indispensable antes de pasar á cada una de sus mas peregrinas preciosidades. La poblacion tiene cerca de una legua de extension de N. á S., media de E. á O. y tres de perimetro. ¡Pero cuántas bellezas se encierran en ese espacio, en medio de ese delicioso vergel del universo y bajo un cielo tan hermoso! ¡Cuánto se goza á la sombra de sus palacios en un día del estío! ¡Cuánto se disfruta en sus campos en uno de los mas crudos del invierno! ¡Cuánto se siente en un golfo á la luz de la luna, cuando esta se asoma por entre las vides y los laureles de la tumba de Virgilio! ¡Qué mucho que el dichoso hijo de esa tierra, diga al viajero que toca en su puerto: *Veder Napoli e poi morire!* Tacha un francés de exagerado al napolitano, porque en su entusiasmo por su patria ha compuesto esa sencilla frase: pues bien, el autor de esta obra, que á la calidad de ser hijo de Sevilla, la encantadora capital de Andalucía, reúne la circunstancia de ser bastante jóven, y por lo tanto, tiene los dos títulos para poder exagerar impunemente, confiesa, que al sentir las primeras impresiones en Nápoles, no satisfecho con pronunciar aquella frase, inventó otra que murmuraba á todas horas, de este modo: *¡Veder Napoli, e poi vivere in Napoli, e dopo d'un secolo morire in Napoli!*

Hagamos una ligerísima escursión á los principales templos de Nápoles, y en ellos hallaremos tantas bellezas antiguas y tantos monumentos modernos como encierra esta capital bajo el arteson de sus sagrados recintos. Cerca de trescientas iglesias pueden numerarse hoy en la pagana Partenope, contando en los claustros de sus conventos hasta 10,000 frailes y curas, y 45,000 monjas: pero no todas aquellas merecen los tributos de la admiracion de los viajeros, si bien no son pocas las que contienen bellezas artísticas de primer orden. Recorramos solamente estas, siguiendo las fechas de su fundacion.

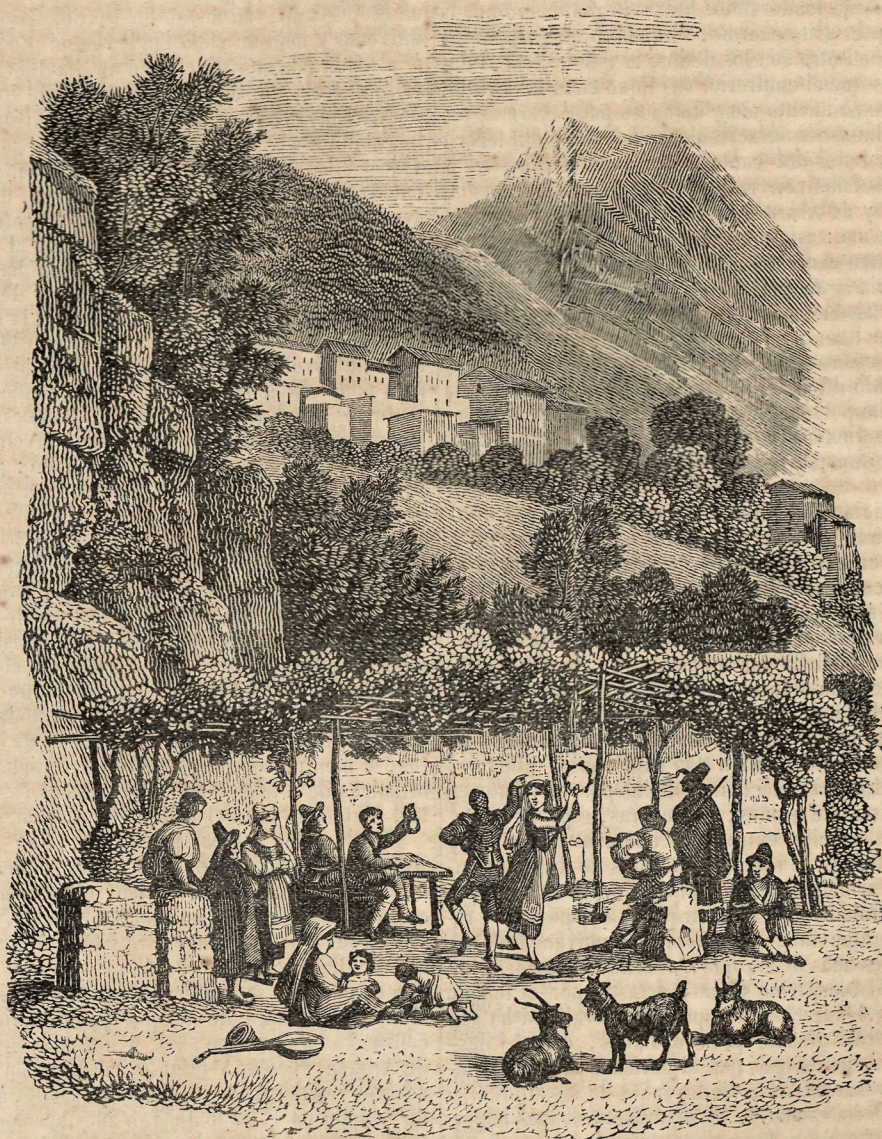
Dos son las iglesias primitivas, *San Pietro ad Aram* y *Santos Severino é Sosio*: aquella, segun una antigua y piadosa tradicion, está considerada como la cuna del cristianismo en Nápoles, por haber sido el lugar donde San Pedro y San Marcos erigieron un altar el año noveno de nuestra era. Ese antiguo monumento se conserva en grande estima, y de él tomó el nombre de templo que posteriormente se construyó en el mismo sitio. A instancia de Alfonso I de Aragon, Nicolás V lo puso á disposicion de los canónigos regulares lateranenses, los cuales á su partida de Nápoles en 1799 lo dejaron á los hermanos de San Francisco, en cuyo poder se conserva hoy. La antigua ara apostólica de que hemos hecho mencion se conserva en el átrio de la iglesia, custodiada por una cubierta de hermosas columnas y preciosos mármoles, en que hay un lindo bajo relieve que representa á San Pedro en el mar, y sobre el altar un fresco de un buen pintor del siglo XVI, que figura á este apóstol en el acto de la consagracion de la hostia. El fresco en que dos obispos imitan el acto de abrir una puerta con martillos, recuerda el antiquísimo privilegio que gozaba este templo, en atencion á su origen, de abrirse en el año santo en la vigilia de la Natividad del Se-

ñor, el cual cesó por mandato de Clemente VIII.

La iglesia fué reedificada por los canónigos lateranenses, según el diseño de Pietro di Marino, arquitecto napolitano. Su forma es la de una cruz latina, con ocho capillas laterales, dos en el centro, y una al lado del altar mayor: la arquitectura es de orden corintio. Sus bellas pinturas y esculturas son de Giovanna Nola, Bernardo Lanca, Girolamo Santacroce, Fran-

ángeles dentro de un templete de cuatro columnas, obra única que se conoce en Nápoles de Protasio de Crivelli, artista valiente de 1497. En el mismo convento hay una fábrica de paños ordinarios dirigida por un hermano de la orden, para el consumo de los hábitos de los frailes.

En los primeros siglos de la era vulgar se edificó una pequeña iglesia en la plaza de Montorio, con la



Danza campestre, en Nápoles.

eisco Saverio, y Cándido ó Baltassare Ricca. Desde una capilla se desciende á la casa, oratorio y sepulcro de Santa Cándida. En la sacristía se ven unos armarios de nogal bien tallados, y un altar en el fondo con frontispicio de mármol, adornado de delicados arabescos. Al Oriente de la iglesia está el convento de franciscanos, residencia del provincial de la orden, en cuya biblioteca se conserva una excelente pintura en tabla que representa á la Virgen con el Niño y cuatro

advocacion de *San Severino*, á la cual se trasportó en el año 910 desde la isla del Salvador, el cuerpo del santo titular, y diez años despues el de *San Sosio*, hallado en la antigua Miseno, tomando por consecuencia, los nombres de entrambos santos, cuyos restos se condujeron en 1808 á Fratta. En 1490 fué reedificada la iglesia bajo el diseño de Francisco Mormando, célebre arquitecto que luego vino á España protegido por Fernando el Católico; algun tiempo

después, Belisario Corenzio pintó los admirables frescos de la bóveda de la nave, los de la cruz, los del coro y los del sitio de aquel sepulcro en donde el hábil artista reposó en 1643, á los 85 años de edad, muerto de la caída de un palco en que estaba retozando sus pinturas. La cúpula y las cuatro repisas con los doctores de la Iglesia, fueron pintados en 1572 por el flamenco Paolo Schephen; las estatuas de San Pedro y San Pablo que están á los lados de la puerta, son de Michelangelo Naccarini. El pavimento es preciosísimo, compuesto de mármoles de colores, aunque interrumpido por bajos relieves é inscripciones sepulcrales. Hay otras obras notables de Giovanni Angelo Eriscuolo, Naccarini, Giuseppe Morulli, Corenzio, Marcos de Siena, Andrea di Salerno, Cosmo Fanzaga, Bartolommeo Chiarini, Benvenuto Tortelli, Sebastiano Solisto, Giovan Domenico di Martino, Annibale Cauavello, Bramerio, Girolamo Imparato, Giovanni Antonio d' Amato, Pietro Perugino, Antonio Stabile de Potenza, Fabricio Santafede, Gerónimo d' Auria, Pietro della Pieta (español) y Onofrio de Leone.

Lo mas notable que observamos en la capilla de San Severino, son los tres magníficos sepulcros de sus hermanos Jacobo, Segismundo y Ascanio, envenenados por su tío, con motivo de sus deseos á la sucesion, obras del citado Nola; el coro de nogal con hermosas figuras y ricas labores de talla, de Chiarini y Tortelli; el grupo de la Piedad en la capilla de los Gesualdos, hecho por Domenico de Auria; el órgano, de los célebres Solisto y Martino; el crucifijo de boj que San Pio V regaló á don Juan de Austria á su partida para la batalla de Lepanto, y los dos bellos sepulcros en que se leen epitafios del celeberrimo Sannazzaro. Junto á la capilla de los Médicis se baja á la casa de San Severino, en la que se halla una gran pintura en tabla de Zingaro, célebre, tanto por ser el fundador de la escuela napolitana, cuanto por las amorosas aventuras que encadenaron toda su vida. A la salida de la iglesia está el vasto monasterio que contiene las mas soberbias creaciones de este pintor y de Corenzio; en cuanto hemos descrito puede decirse que se encierra un riquísimo museo.

Siguen las iglesias de la época imperial. El *Duomo* ó catedral está sobre las ruinas de dos antiguos templos de Apolo y de Neptuno, y su fundacion se atribuye á Constantino; pero es lo cierto que Carlos I de Anjou mandó hacer la construccion en el espacio de la Sommapiazza, como el mas digno de tan hermoso templo; Carlos II continuó la obra, que al fin llegó á concluirse, segun la planta del famoso arquitecto Masuccio, en el reinado del gran Roberto. Su estilo es gótico y la figura interior de cruz latina con tres naves, con adornos de la invencion de aquel artista, que se llamaron *boricefali*, y bellas esculturas de Pietro Stefani. El terremoto de 1456, hizo tanto daño á la iglesia, que para repararlo fué necesario todo el celo de Alfonso I de Aragon, ayudado del de varios napolitanos. Los arzobispos la enriquecieron posteriormente, como Decio Carafa, que entre otras cosas le puso el rico vaso de basalto egipcio de la pila bautismal, que antiguamente habia servido para el culto de los gentiles; Innico Caracciolo cubrió de estuco las columnas y ornó la nave de en medio y la cruz con pinturas de Luca Giordano; Ranuccio Farnesio hizo construir el órgano de la derecha á Fiustino Da Parma; y Ascanio Filomarino, el de la izquierda á Pom-

peo Franco, napolitano: bajo el primero hay una curiosa obra de mármol, de Caccavello, y bajo el segundo un trono tambien de mármol de un célebre escultor del siglo XVI. El cardenal Filippo Caracciolo del Giudice, revistió los muros de mármoles de colores, hermoseó las columnas y restauró los cuadros antiguos. La fachada principal del *Duomo* tiene tres puertas, siendo notable la del centro por su grandeza, por su arquivada de un solo pedazo de mármol y por dos columnitas de pórfido del antiguo templo de Apolo. Las ciento diez columnas del interior son de granito de Egipto, y las admirables pinturas del centro, de Fabricio Santafede, Giovanni Vincenzo Forti, Vasari y Luca Giordano. En la capilla de San Genaro hay dos grandes estatuas de San Pedro y San Pablo, de Finelli, y una bellissima verja de hierro, hecha por el diseño de Fanzaga de Bérghamo, que costó cerca de 32,000 ducados; los mármoles de las paredes, las cuarenta y dos bellas columnas, las diez y nueve estatuas de bronce, las pinturas de la cúpula de Lanfranco, los frescos del Domenichino y los lienzos del Spagnoletto y de Stanzioni, alternan dignamente con un suntuoso altar de pórfido, que guarda en su tabernáculo la cabeza de San Genaro y la sangre del mismo santo, que suele liquidarse al ponerla delante de aquella: esta religiosa ceremonia se verifica tres veces al año, en mayo, setiembre y diciembre. El altar mayor de la iglesia sostiene un excelente grupo de mármol, de Bracci, que representa una Asuncion; á un lado está el monumento fúnebre de Caracciolo, y cerca de éste una capilla que contiene pinturas y esculturas muy notables por su mérito, rareza y antigüedad. La capilla subterránea en que se guarda el cuerpo de San Genaro en una urna de bronce, está toda cubierta de mármoles blancos, y sostenida por diez preciosas columnas jónicas; la magnífica estatua del cardenal Carafa se atribuye generalmente al cincel inmortal de Miguel Angelo.

La basilica de *Santa Restituta* fué edificada por Constantino el año 334 de Jesucristo, sobre un templo de Apolo, y con las columnas de otro de Neptuno. Sus obras artísticas mas dignas de mencion son debidas á los pinceles de Luca Giordano, Silvestro Buono, Santolo Cirillo y Francesco Mura. El santuario de *Santa Maria del Principio*, recordará al devoto viajero el oratorio en que San Aspreno y Santa Cándida se reunian secretamente para dar culto á la verdadera religion. A la derecha del altar mayor se encuentra la puerta que conduce á la capilla de *San Giovanni á fonte*, cuya preciosísima cúpula es de un mosaico italo-bizantino del siglo XIII, que representa la vida de Jesus y otros asuntos sagrados. A la salida del templo se encuentra el busto, y junto á él las cenizas del erudito filólogo napolitano Alessio Simmaco Mazzocchi.

La iglesia de los *Santos Apostoli* se remonta tambien á la época de Constantino, y está fundado sobre el templo de Mercurio, donde se halló el vaso de basalto egipcio que sirve de pila bautismal en la metropolitana. En 1626 fué reedificada tal como se encuentra hoy, por el célebre arquitecto Francesco Grimaldi, que levantó un templo de extraordinaria riqueza. Merecen alta estimacion las pinturas que contiene de Lanfranco, Viviani y Luca Giordano, el bajo relieve de la capilla de la Anunziata, de Fianmingo, los mosaicos copiados de asuntos del Guido y de Pietro de Cortona, y el altar mayor, cuyo suntuoso estilo

honra la memoria del artista Fuga. El tabernáculo es de una riqueza inmensa, puesto que entre el brillo de preciosos metales encienden sus lucecitas los topacios de gran tamaño y otras piedras de gran valía. Aquí pueden visitarse las cenizas del eminente poeta Giambalista Marini.

Con *San Paolo Maggiore* empezamos á visitar las principales iglesias de la época ducal. En este sitio, Tiberio Giulio Tarso, liberto y procurador de Augusto, erigió un templo de bronce y mármol griego, esquisitamente trabajado en honor de Castor y Polux. Hasta el siglo VIII fué la admiración de propios y de extraños ese soberbio edificio pagano de bellas estatuas y de hermosas columnas estriadas de órden corintio; pero en este tiempo, las victorias alcanzadas por los napolitanos sobre los vándalos el día 25 de enero de 574 y el 30 de junio de 788, fueron eternizadas con la erección de una iglesia consagrada á San Pablo sobre las ruinas del antiguo templo de Castor y Polux. Conservándose aun todo el rico material de la primitiva fábrica, bien puede decirse que al recibir hoy un cristiano en comunión el cuerpo de Jesucristo, pisa la misma losa manchada tal vez con la sangre de los sacrificios de los gentiles. Las pinturas de Santolo Cirillo, Andrea di Leone, Bellisario Corenzio, Marco da Siena, Massimo Stanzioni, Solimena, y otros, y las esculturas de Andrea Falcone, Vauario y Giulio Margagli da Carrara, harán olvidar fácilmente al viajero los preciosos recuerdos que traen á la memoria aquellos antiquísimos pedestales.

En la Iglesia de *San Gennaro de Póveri* pueden verse esas admirables catacumbas que sirvieron de refugio á los primeros cristianos, ó tal vez de vía de comunicación entre varios pueblos. La pálida luz de las antorchas, el silencio de las tumbas y aquella atmósfera pesada y sofocante, hacen de esta mansion un lugar misterioso, y no sin una especie de terror pánico se recorren sus angostas calles y desiguales plazas, sembradas de cadáveres. Casi puede decirse, que cada vez que se sienta la planta en tierra, se pisa el cráneo de un hombre ilustre ó los mutilados miembros de un mártir. Nunca se abandonan esos oscuros subterráneos abiertos en la piedra viva de una montaña, si haber murmurado algunos rezos divinos en honra de tantas almas como dejaron sus cenizas mortuorias encerradas en aquellas cavernas tenebrosas, escondidas á los rayos del sol; pero abiertas siempre á las plegarias de los devotos. Tres inmensas galerías negras por su oscuridad, algunos objetos religiosos enclavados sobre la concavidad de la roca, sepulcros y huesos blancos: ¡he aquí el pavoroso cuadro que presentan esas sagradas catacumbas!

*San Domenico Maggiore* es uno de esos templos que á las maravillas del arte y á las riquezas de buen gusto reúnen el valor inmenso de las reliquias que encierran. La iglesia de que nos ocupamos contiene en su recinto una porción de páginas brillantes de la historia de Nápoles; pero si queremos estudiar esa historia, habremos de leerla en los huesos de los muertos que guarda bajo sus augustos mausoleos. Aquí está la grandiosa sepultura del conde de Buchianico, y de su esposa Catarinella Ursino; allí la del valiente Niccoló di Sangro, príncipe de Fondi, á otro lado la del célebre Francesco Carafa; enfrente la de Ettore Carafa; mas acá la de Giovanna d'Aquino, condesa de Mileto y de Terranova; y en el sitio opuesto la de su hijo Cristóforo y su marido Tommosso. La sacristía

puede considerarse como la tumba de los príncipes aragoneses: en ella están los sepulcros de Alfonso I, cuyos restos se trajeron á España en 1666; Ferrante I, Ferrante II y su muger Giovanna; Isabella de Aragon, consorte de Giovanna Sforza, el jóven, duque de Milan, Antonio de Aragon, segundo duque de Montalto; sus hijos Giovanni y Ferrante, y su esposa Maria de la Cerda, Antonello Petruici y otros varios ilustres personajes. Tambien se ve aquí el vaso de plata en donde se conserva el corazón de Carlos II de Anjou; pero lo que no puede menos de mirarse con una especie de entusiasmo militar, es el túmulo del valentísimo marqués de Pescara, en el cual hay una inscripción latina de Ariosto. Tanto corresponden los lienzos, los frescos y las esculturas á la extraordinaria riqueza del templo, que basta citar los nombres de Giotto, Tiziano, Caravaggio, Luca Giordano, Alberto Durero y Santafede para significar el valor artístico de tan suntuoso y soberbio monumento, que á alhajas de tanto mérito reúne el recuerdo de haber sido cátedra y morada del celebradísimo doctor Santo Tomás de Aquino.

Concluyamos con las iglesias, cuya fundación corresponde á los tiempos de la monarquía. *Santa Maria la Nuova* fué reedificada sobre el antiguo santuario que fundó Carlos I d'Anjou por Felipe II en 1599. Un buen pórtico con dos columnas de granitos de órden corintio da entrada á este precioso templo. En él hay una suntuosa capilla debida á la piedad del Gran Capitan, donde está la tumba del valeroso conde Pedro Navarro, que se dió muerte con sus propias manos en su prision de Castel Nuovo. ¡Qué recuerdos tan tristes nos traen á la memoria los prolijos pormenores de la inscripción que hay en esta tumba, debida al eminente escritor Paolo Giovi! Separemos de ella la vista para recrearla en las soberbias creaciones de Francisco Imperato, Fabrizio Santafede, Corenzio, Luigi Roderico, Caraniolo, Buonarrotti, Marco da Siena, Angelo del Fiore, Galeazzo Sanseverino, Tomasso Estefani, Onofrio di Leone, Luca Giordano, Naccarini, Giovan da Nola, Silvestro il Bruno, y Bernini.

*Santa Chiara* es uno de los pocos monumentos góticos que en Italia lucen sus atrevidos perfiles y elegantes agujas entre los infinitos edificios de antigua construcción romana. Al plantar el pie en el interior de la iglesia, el viajero retrocede lleno de espanto, que tambien en el país clásico de las artes ha habido manos profanas que han cubierto con cal los admirables frescos debidos al célebre pincel de Giotto. En cambio los ojos se gozan en los bellísimos sepulcros que en uno y otro lado encierran los restos de grandes personajes, tales como Onofrio di Penna, Antonio Gaudino, Antonio Epicuro, Raimondo Cabano, Perotto, la familia de Merlotto, Roberto d'Anjou, Carlos, duque de Calabria, Giovanna I, Maria de Francia, emperatriz constantinopolitana, Agnese, hija de esta y tambien emperatriz, Maria, hija de Carlos *ilustre*, y otros cuantos que reposan en egregias sepulturas, que mas que urnas cinerarias son maravillas de las artes.

Sobre la gigantesca y amenísima colina que á espaldas de Nápoles ocupa la inespugnable fortaleza de San Telmo, se alza uno de los mas ricos y suntuosos templos que ornan la ciudad: *San Martino*, la *Cer-tosa*, ó sea el monasterio de la Cartuja, rival de aquella famosísima de Pavia. Su fundación se debe á Carlos *ilustre*, por los años de 1323. A la muerte de